

La Reflexión - La Misa de la Misericordia 2021

Reunidos como una comunidad global de la Misericordia para celebrar el Día de la Misericordia 2021, me gustaría compartir con ustedes una bendición que Catherine McAuley envió a Francis Warde hace 180 años: "Que Dios te bendiga y te preserve y te envíe todas las bendiciones". Este es, sin duda, nuestro deseo para cada uno de nosotros hoy, mientras salimos de la extrañeza de este último año y nos animamos una vez más a arriesgar la esperanza. La liturgia de hoy está llena de imágenes de esperanza: de sueños y visiones; de posibilidad y potencial, todo basado en la confianza en la Divina Providencia, la que era la base de la fe de Catalina. Hemos vivido este último año juntos, aunque separados. Nuestros mundos se hicieron muy pequeños, ya que las distancias que podíamos recorrer disminuyeron y el contacto con los seres queridos fue mucho menos de lo que hubiéramos deseado. Quizás su mundo también se volvió mucho más tranquilo de lo que estaba acostumbrado... o mucho más ocupado. Ciertamente, fue un año en el que se nos invitó a entregar nuestros propios horarios a los de Dios: el "tiempo chronos" al "tiempo Kairos", - el tiempo de Dios. Sin embargo, en esa entrega, ¿había acaso una invitación a la interioridad? ¿Al silencio? ¿A sentarse con Dios en el lugar desordenado de la impotencia? Como dijo Catalina en sus Instrucciones para el Retiro, 'En el silencio y en la quietud el alma devota se familiariza con Dios'. En ese espacio - si confiamos en él- podemos reconocer nuestra propia vulnerabilidad, y permitir que Dios sea misericordioso con nosotros. No es necesariamente un lugar cómodo para estar, sino que requiere dejar de lado intencionalmente nuestras propias expectativas e incluso de nuestros deseos, y una confianza radical en el suave toque y el poder transformativo de la misericordia de Dios. Aunque nuestros mundos más pequeños puedan parecer a veces frustrantes e inútiles, especialmente en cuanto a nuestra capacidad de llegar a los más necesitados con nuestra familiar y cómoda misericordia, el Evangelio de hoy nos recuerda que Dios valora la pequeñez y lo oculto en una manera que nuestro mundo a menudo no valora. La pequeña - aparentemente insignificante - semilla de mostaza está llena de potencial - llena del sueño de Dios para ella - que emergerá cuando se den las condiciones adecuadas. En otras palabras, en el tiempo de Dios...

Como tomamos nuestros primeros pasos tentativos y comenzar a salir de los tiempos del Covid, traemos con nosotros todo lo que Dios ha

estado soñando en nosotros durante los meses de aparente inactividad y planes continuamente frustrados.

Al comenzar a "ampliar el lugar de nuestra tienda", nos damos cuenta de que no somos los mismos de antes.

Hemos cambiado, individualmente y colectivamente -quizá no sepamos aún cómo-, pero lo sentimos en ese lugar de escucha profunda que está más allá de las palabras.

Se han revelado muchas cosas, si somos lo suficientemente humildes como para reconocerlas. No miremos hacia otro lado demasiado rápidamente.

Alimentemos y nutramos el grano de mostaza de la esperanza, del potencial, de la posibilidad que se ha plantado en nuestro interior.

Notemos que fue plantado en el silencio y la oscuridad.

Prestemos atención a lo que la alimenta y le permite crecer, recordando al mismo tiempo que,

Sí, se nos ha dado para que lo alimentemos y lo cuidemos y notemos, el crecimiento en sí es obra de Dios.

Cuando escuchas a la promesa de Dios de un futuro lleno de esperanza, ¿cómo te sientes invitado

a encarnar la Misericordia de Dios en el mundo, de una manera que quizás sea sutilmente diferente a la que había antes?

¿Puedes sentirlo aunque no puedas articularlo?

¿Puedes confiar en que una invitación de Dios siempre viene acompañada a la promesa de las gracias necesarias para realizarla?

En conclusión, y para parafrasear ligeramente las palabras de Catalina sobre la oración, la Esperanza "es una planta,

la semilla está sembrada en el corazón de cada cristiano, pero su crecimiento depende del cuidado que la demos para nutrirse.

Si la descuidamos, morirá. Si la alimentamos... florecerá y producirá frutos en abundancia".

Oremos por el fruto abundante que es el sueño de Dios para nosotros y aquellos a quienes ministramos,

mientras avanzamos hacia un futuro lleno de esperanza, continuando, como hizo Catalina, con la confianza en la Divina Providencia.